



Malek-Adhel

Tragedia en cinco actos

Ángel de Saavedra

Advertencia

Habiendo venido casualmente a mis manos las apreciables obras de madama Cottin, leí con sumo placer en ellas la preciosa novela titulada Matilde, y concebí inmediatamente el proyecto de escribir esta tragedia, aunque no dejaron de arredrarme la maestría con que aquella famosa escritora desempeñó su argumento y las bellezas de toda especie con que lo engalanó su delicadeza y sensible pluma. Consulté mi pensamiento con algunos inteligentes, y, aunque todos procuraron disuadirme, haciéndome patentes las dificultades con que iba a luchar, yo, ya decidido, tracé en grande esta composición, venciendo en cuanto pude los obstáculos que me ofrecía el reducir a cinco actos, a un solo lugar y a doce o catorce horas de tiempo, una acción de una novela de cinco o seis años de duración, complicada con mil incidentes importantísimos, que llena tres tomos abultados. Procuré, sin embargo, escoger los sucesos más interesantes, reunirlos y apresurar notablemente la catástrofe; y, después de trazar, borrar, meditar y escribir, formé al fin con gran desconfianza un prolijo plan de esta tragedia, que manifesté a mis amigos y mereció su agrado. Dedicuéme entonces con calor a versificarla, y lo logré en pocos días, pues la mayor parte de sus razonamientos son casi traducción literal de la elegante y sentimental autora de la Matilde, y, siguiendo siempre sus huellas, llegué al cabo de mi tarea.

Por tanto, esta tragedia es más de madama Cottin que mía; suyo es el argumento, tuyas las situaciones, tuyos los caracteres y tuya la mayor parte del diálogo; y míos, solamente el plan dramático, los versos y alguna que otra escena, tal vez las más endebles. Finalmente, si hay bellezas en Malek-Adhel, son de aquella insigne francesa, y todos los defectos, míos.

Espero, sin embargo, que si algún día sale a la escena, la mirarán con indulgencia los que conocen la dificultad de este género de trabajo y los obstáculos que hay que vencer para dar forma trágica a la acción de una novela.

A. DE S.

PERSONAS

MALEK-ADHEL, hermano de Saladino.

MATILDE, princesa de Inglaterra.

GUILLELMO, arzobispo de Tiro.

LUSIÑÁN, rey de Jerusalén.

HUGO, príncipe de Tiberíades.

RICARDO, rey de Inglaterra.

PRÍNCIPES CRUZADOS.

DAMAS de Matilde.

ESCUDEROS de Lusignán.

GUARDIAS.

PAJES.

La escena es en Ptolomayda. Los cuatro primeros actos, en un salón del palacio de los reyes cruzados, y el quinto, en la capilla extramuros donde estaba el sepulcro de Montmorency.

La acción empieza al amanecer y concluye a medianoche.

Acto primero

ESCENA I

MATILDE, sola

MATILDE.

Ya de Carmelo en la fragosa cumbre

brilla la luz del sol, y sus reflejos

al ronco mar, imagen espantosa

de mi confuso y agitado seno,

próximo anuncia el tremendo día

que mi Destino va a fijar... ¡Oh cielos!...

¡Matilde desdichada!... ¡Cuál palpita
tu enamorado y afligido pecho!...
Paz deliciosa, cuyas dulces alas
mi edad primera plácidas cubrieron,
¿dónde estás?... ¿Dónde estás, mansión dichosa
de inocencia y virtud? ¡Fatal momento
en que osé abandonar vuestro recinto
sacrosanto y feliz!... Ya el mudo sueño
huye con las tinieblas de la noche;
la decisión se acerca... ¡Dios eterno!
Hoy, ¡para siempre!..., en los desiertos mares
este sol mismo esconderá su fuego
y ya mi suerte, ¡oh confusión!, ¡oh, día!
Malek-Adhel, Malek-Adhel... Guillelmo...
volad en mi favor. ¡Piadoso y santo
arzobispo de Tiro! Sí, tu celo
convertirá a mi amante, y Dios benigno
con la fe santa alumbrará su pecho.
Mas cuánto tarda, ¡cuánto! Hoy el concilio
va a resolver... y acaso... Me estremezco.
No, prelado ejemplar; sin tu presencia
no osará decidir... Sin ti, ¿qué espero?
¿No podrá suspenderse? ¡Ay!, si el buen Hugo
favorecer quisiera mis intentos;
no me abandonará: la amistad pura

le ha unido con Adhel, y es caballero.

¿Y sin rubor podré manifestarle

el criminal amor en que me incendio?

¡Criminal! ¡Ah! ¿Por qué, Dios de venganza,

amo a un infiel, a un impío sarraceno?

Pero tú, que formaste sus virtudes,

sabrás, benigno, perdonar mi yerro.

Tu piedad sólo...

ESCENA II

MATILDE y HUGO

HUGO.

La condesa Herminia

me dijo, alta princesa, ha corto tiempo

que a este lugar mis pasos dirigiera

a encontrarme con vos. Y ansioso vengo

a vuestras plantas. ¡oh Matilde!,

de escuchar y cumplir vuestros preceptos.

MATILDE.

¡Hugo ilustre!

HUGO.

Señora...

MATILDE.

En vos tan sólo

puede encontrar mi agitación consuelo.

Que no extrañéis el infeliz estado

en que mi corazón se encuentra os ruego.

Sabéis de Saladino las propuestas

que de Jerusalén cede el imperio

al gran Malek-Adhel, su hermano heroico,

con tal que a mí se enlace en himeneo.

¿Sabéis que los obispos y legados
ha ocho luces discuten en secreto
sobre abrazar o rechazar al punto
esta proposición, y ya el Consejo
va a congregarse por la vez postrera,
y hoy debe decidir?... Mas ¿podrá hacerlo
sin escuchar el parecer prudente
del prelado de Tiro, cuyo celo,
profunda ciencia y santidad sublime

tan necesarios son para el acierto?

HUGO.

Tal mi dictamen es; tal es, Matilde;

y sin la autoridad del gran Guillermo,
cualquiera decisión... Mas ¡oh princesa!,
Ricardo y Lusiñán están resueltos...

El concilio tal vez...

MATILDE.

¡Oh Dios!

HUGO.

Señora, ¿Y si la decisión se hubiese puesto

en vuestra mano?...

MATILDE.

¡Ay Hugo!

HUGO.

Alta princesa,

perdonad, perdonad. Estuve un tiempo

al lado de Malek. Cuando los muros

de la santa Sión rotos cayeron ante

el poder del furibundo persa,

y el trono del insigne Godofredo
Saladino ocupó, yo, cautivado
y entre cadenas bárbaras envuelto,
a sus plantas me vi. Su hermano heroico,
el gran Malek-Adhel, cuyo denuedo
humilló los católicos pendones,
movido a compasión, rompió mis hierros.

Y vida y libertad, hijos y esposa,
sus generosas manos me volvieron.

Conozco las virtudes eminentes
que le adornan, Matilde. Si su acero
es rayo destructor, terror y asombro
de las huestes cruzadas; si su esfuerzo
con mengua nos lanzó de Palestina,
su corazón tiernísimo y sincero,
su esplendente heroísmo, su grandeza,
su generosidad, sus altos hechos,
encanto son de amigos y enemigos...

¡Oh Dios piadoso!... ¡Los errores ciegos
de Mahomet infanal virtudes tantas

hundirán para siempre!

MATILDE.

¡Justo Cielo!

HUGO.

Amo a Malek-Adhel. ¿Y quién, señora,

no lo ha de amar, si llega a conocerlo?

MATILDE.

Príncipe, ¿qué decís?... ¡Verdad terrible!...

HUGO.

Notorios son los infortunios vuestros.

Harto, señora, sé que sus virtudes

a vos patente como a nadie fueron.

MATILDE.

¡Cuánto ignoráis aún!... ¡Suerte tremenda!...

Escuchad Mas ¡ay mísera!... Yo tiemblo...

HUGO.

¿Qué, señora? No alcanzo, confiadme...

MATILDE.

Príncipe, ¡qué tristísimo secreto

os voy a revelar!... Compadecedme...

Un sagrado solemne juramento

me obliga a ser su esposa. Si el concilio

reprueba las propuestas...

HUGO.

¡Ah!... ¿Y es cierto,

princesa? ¿Habéis jurado ser su esposa?

¿Esposa de un infiel?

MATILDE.

Príncipe, os ruego

que me compadezcáis.

HUGO.

¿Cómo?...

MATILDE.

Cautiva

en el ondoso mar del sarraceno

de ese Malek-Adhel, su noble brío

vi con pavor y su marcial denuedo.

Después, un año en su poder, lo heroico

de su alma y los hermosos sentimientos

conocí por mi mal, y absorta entonces

vi que aquel corazón de duro hierro

en los sangrientos y hórridos combates

abrigaba dulcísimos afectos.

¡Dios!... ¡Cuánto le debí!... ¡Qué nobles muestras

de sumisión!... En el alcázar regio

que allá venera el Támesis umbrío

no encontrara jamás tanto respeto.

Él... ¿Para qué me canso, Hugo prudente,

sus acciones sublimes refiriendo,

si vos le conocéis?...

HUGO.

Sí; le conozco,

y sé el voraz inapagable incendio

en que ardió al admirar las perfecciones

con que os dotó tan liberal el Cielo.

MATILDE.

Completó un giro en derredor del mundo

del refulgente sol el curso eterno,

y en su poder me vio, más combatida

de su ardoroso llanto, de sus ruegos

de su constante amor y sus virtudes

que esta playa lo está del mar horrendo.

HUGO.

¿Por qué no fue la fuga vuestro escudo?

MATILDE.

Mil veces lo intenté. Mas, ¡ay!, el Cielo

contrarió mi afanar. Cuando en Damietta,

sola me vi, dispuse en el momento

mi peligro evitar. Huyó anhelosa

con cien cristianos bravos caballeros,

y en busca voy de un santo cenobita,
que habitaba en las costas del Bermejo,
para fortalecer con sus virtudes
mi vacilante y combatido pecho.

Le encuentro al fin; mi suerte miserable
le hago patente, y su sublime ejemplo,
y su honda austeridad, y su prudencia,
y su ferviente orar, y sus consejos,
vigorizan mi espíritu abatido
y la tranquilidad torna a mi seno.

A volver a estos muros me aprestaba,
cuando una tropa vil de árabes fieros
sorprende a los cristianos de mi escolta,
al santo penitente fin horrendo
dan al pie del altar, ante mis ojos:
es vana la defensa, es vano el ruego.

Cuantos intentan defenderme rinden
al filo agudo el generoso cuello.

Y ya la muerte atroz me amenazaba,
cuando al crujir del pavoroso acero
miro a Malek-Adhel con sus valientes,
que me busca y me encuentra en tanto riesgo.

Llega, combate, vence, ahuyenta, humilla,
desbarata a los viles bandoleros

y me salva la vida.
HUGO.

¡Oh generoso

y valiente Malek!

MATILDE.

Estadme atento,

escuchad algo más. Mirando ufano

su sangre y sus heridas con desprecio,

sólo cuida de mí, que, desmayada

me ve en el lodo del sangriento suelo.

Servido de los suyos, me acomoda

en su caballo, de sudor cubierto,

y me aleja veloz de aquellos sitios,

do me llevara mi destino adverso.

Al asomar la plateada luna

en la abrasada arena del desierto,

me hallo de inmensa soledad cercada

y de pavor y hondísimo silencio

con Adhel y los pocos que le siguen...

Pero aun riesgo mayor guardaba el Cielo

a esta infeliz...

HUGO.

¡Oh Dios!

MATILDE.

Cuando los rayos

de la primera luz aparecieron

y ansiosos esperábamos el día,

se aumentaron, ¡oh príncipe!, los riesgos.

La sed y la fatiga y los ardores

de la abrasada arena en nuestros pechos

robaron el valor y la constancia,
y más al advertir presagios ciertos
de que a agitar los vastos arenales
de aquel espacio el requemado viento
del ardoroso Sur se preparaba,
y a dar a nuestras vidas fin funesto.
Entonces, con terribles alaridos,
los bárbaros soldados sarracenos
que siguen a Malek claman furiosos,
en ronco grito y en tumulto fiero,
que el amor de su jefe a una cristiana
con tales plagas castigaba el Cielo.
Y, fanáticos, rompen la obediencia,
y en mí vengar su situación quisieron.
El gran Malek-Adhel, que, absorto,
mira la infame sedición y horrible intento,
empuñando la corva cimitarra
su número desprecia, y sobre ellos
se lanza denodado, como suele
el rayo ardiente al resonar del trueno,
y mata, y atropella, y todos ceden,
y me salva otra vez. Viles, huyeron
dejando a su señor, y a mí en sus brazos,
yerta, y pálida, y muda, y sin aliento.
¡Dios! Tú lo presenciaste.... tú, ¡oh Dios santo!

vistes allí su amor y su respeto.

Él me salvó mi vida tantas veces,
salvó mi honor y mi inocencia a un tiempo.

¿Quién su moderación, y su heroísmo,
y su amor, y su llanto, y sus esfuerzos
pudiera ver sin interés?...¡Ay Hugo!,

entonces el terrible juramento

mi labio y mi alma toda pronunciaron,

que no es mi corazón rígido acero.

HUGO.

Cuánto combate, ¡oh Dios!... ¿quién resistiera?

Bien vuestro amor y gratitud comprendo.

Pero ¿después?

MATILDE.

Llegamos a Damietta,

venciendo al fin tan horroroso riesgo.

Y entonces, ¡oh virtud!, con mi palabra

el gran Malek, premiado y satisfecho,

a sí mismo se vence, y, generoso,

me da la libertad y cien guerreros

cristianos para escolta. Y al gallardo

noble Montmorency, francés excelso,

le encarga mi custodia. ¡Amable joven

que murió en mi defensa! El filo horrendo

de la sañuda Parca ante mis ojos

cortó cual tierna flor su ilustre cuello.

Ved, pues, mi situación... Estos tratados,

esta paz que el Soldán nos ha propuesto,
todo es obra de Adhel... Si los obispos
se opusieran... ¡Oh Dios!... Sólo Guillelmo...
HUGO.
¿Y de Tiro juzgáis que el gran prelado
podrá acceder a que una el himeneo
a una princesa, honor del cristianismo,
con un príncipe infiel?...
MATILDE.
¡Infel!... El Cielo,
el Cielo, que conoce sus virtudes,
alumbrará su generoso pecho.

De Guillelmo las santas persuaciones...
HUGO.
Si así fuese...
MATILDE.
Suspéndase el Consejo.

Por piedad, por piedad...
HUGO.
Pero, Matilde,
un tenebroso impenetrable velo
nos esconde el lugar donde se encuentra
el prelado de Tiro; ni sabemos
a dó se encaminara, ni si torna,
y tal vez la tardanza...
MATILDE.
Nada debo
ocultaros, ¡oh príncipe! Movido
de mi justo temor y de mis ruegos,
el gran Malek-Adhel marchó en su busca,
dejando los festines y torneos

do a favor de la tregua que gozamos

ostentaba su amor y su denuedo.

Y por Kaled de recibir acabo

de que hoy llegan los dos aviso cierto.

Y es forzoso...

HUGO.

¡Matilde!

MATILDE.

Hugo, acordaos

que Adhel os libertó del cautiverio.

HUGO.

Lusiñán y Ricardo se aproximan.

MATILDE.

Vos mi esperanza sois y mi consuelo.

ESCENA III

MATILDE, HUGO, RICARDO, LUSIÑÁN y PRÍNCIPES CRUZADOS

RICARDO.

Matilde, ya el concilio venerando

por la postrera vez reunido vemos,

y sin duda, su voto será guerra,

no vergonzosa paz. Así lo espero

de los sabios prelados que lo forman

y de su rectitud y santo celo.

Y con esta esperanza, hermana mía,

quiero manifestarte mis deseos.

El grande Lusiñán de Palestina

y de Jerusalén rey verdadero

tu mano anhela y elevarte al trono

do mi brazo otra vez ha de ponerlo.

Soy tu hermano y tu rey; le he prometido

que tú suya serás, que el himeneo...

MATILDE.

Señor..., Ricardo... ¿Qué? ¿Cuándo reunidos

los jefes de la Iglesia discutiendo

están sobre la paz que Saladino,

por sus embajadores, ha propuesto;

cuando vos, ¡oh mi hermano!, y las cabezas

del católico ejército europeo

a su ciencia y virtud han confiado

tan ardua decisión; sin datos ciertos

de cuál será su voto, de mi mano

disponéis?

LUSIÑÁN.

¡Oh Matilde!

RICARDO.

¿Y el Consejo

podrá votar jamás? ¡Oh infamia! ¡Oh mengua!

¿Qué presa vil de un torpe sarraceno

que de la alta princesa de Britania?

¿La hermana de Ricardo?... Me avergüenzo

de que tal duda, baldonosa, horrible,

quepa un instante en tu cristiano pecho.

MATILDE.

¡Señor!...

RICARDO.

Matilde, tu inocencia sólo

te puede disculpar... Hoy el decreto

de los obispos fijará...

MATILDE.

¿Y acaso osarán

decidir sin que Guillelmo,

cuya alta clase y santidad sublime,

ciencia y reputación?...

RICARDO.

Ya te comprendo

el gran prelado de la excelsa Tiro,

de Ptolomayda y de sus muros lejos,

se ignora dónde está. Más dilaciones

no admite el decidir.

MATILDE.

Yo, por el Cielo,

te juro que antes que concluya el día

dentro de estas murallas le veremos.

RICARDO.

¿Hoy debe de llegar? ¿Cómo?...

MATILDE.

Ricardo,

hoy mismo; yo lo sé.

LUSIÑÁN.

¡Destino adverso!

MATILDE.

Y qué, ¿no será justo, hermano mío,

para resolución de tanto peso,

esperar su llegada? ¡Oh vos, valientes

príncipes!, decidid.

LUSIÑÁN.

Ricardo egregio:

¿y vos consentiréis que se suspenda

de los santos obispos el consejo

ni un instante? ¡Señor!...

MATILDE.

¡Hugo!

HUGO.

Si llega,

cual la princesa afirma, el gran Guillermo

debe al punto cesar y suspenderse,

hasta escuchar su veto. El santo celo
que arde en su corazón, y su prudencia

y su ínclita virtud...
PRÍNCIPES CRUZADOS.
Quede suspenso

el concilio.
HUGO.
Sí; debe suspenderse.

La equidad y razón lo están pidiendo.
RICARDO.
Quede, pues.
LUSIÑÁN.
¡Ah Matilde!
MATILDE.
Acompañadme,

Hugo; y vosotros, príncipes excelsos,
avisad sin tardanza a los prelados
que-esperen la llegada de Guillermo.

ESCENA IV

RICARDO y LUSIÑÁN
LUSIÑÁN.

Señor, ¿así ceder?... Hoy que se cumple

la vergonzosa tregua en que yacemos,
¿la decisión va a suspenderse? ¡Oh mengua!

¿Cuando ceñimos el tajante acero

a la negociación darle acogida

y dilaciones tímidas?... Ya veo

que los ínclitos reyes de Occidente

sus formidables huestes condujeron

orillas del Jordán. no a ser amparo

de la santa Sión, del verdadero

rey de Jerusalén, sino a dejarlos

presa infeliz del torpe sarraceno;

no a exterminar los impíos musulmanes,

sino, ¡oh baldón!, a contratar con ellos.

RICARDO.

¿Así ultrajáis mi amistad sagrada?

Soy jefe del ejército europeo,

no soy su soberano; y esta tregua

y estas negociaciones no tuvieron

mi aprobación jamás, pues mientras pueda

la espada fulminar, paces no quiero.

Pero al común sentir me fue forzoso

acceder... ¿Lo ignoráis?

LUSIÑÁN.

Amigo tierno:

perdonad, perdonad... A un desdichado,

que se lamente permitidle al menos.

Con esta dilación...

RICARDO.

¿Y, por ventura,

pudierais albergar algún recelo

del prelado de Tiro?

LUSIÑÁN.

No, conozco

su santidad, su rectitud. Mas, ¡cielos!,

le debe tanto a Adhel, al venturoso

Adhel...

RICARDO.

¿Qué, Lusiñán?...

LUSIÑÁN.

¡Ah! Nada temo

más que el perder a la sin par Matilde.

Y que tal vez vos mismo.... me estremezco,

os declaréis de Lusiñán contrario,

obediente a un tiránico decreto.

RICARDO.

¿Quién? ¿Yo?... Jamás. Juré ser vuestro amigo

y nunca quebranté mis juramentos.

Acto segundo

ESCENA I

MATILDE y HUGO

HUGO.

Alta princesa, en este mismo instante

acaba de llegar el gran prelado

de la opulenta Tiro, y a sus plantas,

príncipes, y caudillos, y soldados

corren llenos de gozo y de ternura

su bendición a recibir. ¡Qué encanto

de sublime virtud brilla en su frente,

do el venerable curso de los años

esculpió candidez y alta prudencia!

Su humildad, su sencillo y pobre ornato,

su lengua y blanca barba, a nuestros ojos

de un apóstol ofrecen el traslado.

Todos anhelan verle, y se atropella

la multitud para salirle al paso.

Y él, tendiendo las manos a los cielos

y lágrimas de gozo derramando,

da gracias al Señor Omnipotente,

que le torna, otra vez a los cristianos.

MATILDE.

¡Oh Dios!... ¡Dios de bondad!... ¿Y viene solo?

HUGO.

El príncipe Malek viene a su lado.

MATILDE.

¿Malek-Adhel?

HUGO.

Malek-Adhel, señora;

y la visera levantada en alto

muestra a la muchedumbre aquel semblante

do luce el heroísmo, y de admirarlo

nadie se excusa, que virtud y gloria

al mayor enemigo tornan grato.

MATILDE.

¿Y dónde está? Decid.

HUGO.

Su tarda huella

Guillermo dirigía hacia el palacio

del legado apostólico.

MATILDE.

¿Y adónde

el príncipe Malek?

ESCENA II

MATILDE, HUGO y MALEK-ADHEL

MALEK-ADHEL.

El Cielo santo

a tus plantas me trae.

MATILDE.

¡Adhel!

MALEK-ADHEL.

¡Matilde!

MATILDE.

¡Eterno Dios!... ¿Es ilusión?... Su labio;

me asegura que el Cielo le conduce...

Dios de piedad, benigno Dios... ¿Amarlo

será ya permitido al pecho mío?

MALEK-ADHEL.

¿Qué escucho?... ¿Qué rigor?...

MATILDE.

¿Os ha enviado

Guillermo a este lugar?... ¿La voz eterna

de Dios que os llama?... ¿Los consejos sabios

del piadoso arzobispo?... ¿Los errores?... ¿Sabéis?...

MALEK-ADHEL.

¡Matilde! Sólo sé que os amo.

Que es mi pecho un volcán que me devora

y que estoy junto a vos... He libertado

a Guillermo del filo de la muerte,

que ya estaba su cuello amenazando.

A Ptolomayda, libre, le he traído.

Ya mi oferta cumplí... Ya se lograron

vuestros deseos... ¡Ah!...! Cuántos te mores!...

¡Qué esperanza falaz!...

MATILDE.

¡Dios!... ¡Qué agitado !...

¡Qué incertidumbre!... Príncipe...

MALEK-ADHEL.

Matilde,

mi mente funestísimos presagios

encuentra donde quier... Ningún consuelo

basta a mi corazón... ¿De quién lo guardo?

¡Hugo!... ¡Matilde!...

MATILDE.

¡Dios!

HUGO.

Príncipe agosto:

¿por qué tanto temor, tal sobresalto?

MALEK-ADHEL.

¡Ay amigo!
HUGO.
¡Señor!
MALEK-ADHEL.
Todo conspira

contra Malek-Adhel... Esos prelados
decidirán... De Lusiñán conozco

la astucia, el ascendiente... Sí, Ricardo...
HUGO.
Calmad la agitación que os enajena.

El prudente Guillermo...
MATILDE.
Nuestro amparo,

nuestro apoyo será.
MALEK-ADHEL.
¡Matilde! ¡Cielos!
MATILDE.
¡Ah!, me estremezco... ¡Oh Dios! Procuro en vano

preguntarle... Y él.¿qué? ¡Cielos! Cuál temo
escuchar su respuesta... Demostrando

está su turbación, ¡Adhel!... ¡Ay triste!
MALEK-ADHEL.
¡Matilde!
MATILDE.
¿Qué...?
MALEK-ADHEL.
Matilde, ¿se borrarán

de vuestro pecho ya...
MATILDE.
¿Qué?
MALEK-ADHEL.
...las ofertas

que nadie más que el Cielo y yo escuchamos
de vuestro amor en medio del desierto

y de la muerte atroz casi en los brazos?
MATILDE.
¿Borrarse de mi pecho? ¿Qué pronuncia

mi amado Adhel?... ¡Ah!..., ¿Dudas?...

MALEK-ADHEL.

¡Tan amargo

es mi destino!

MATILDE.

Pues de vos depende

nuestra felicidad... Sí... El Cielo santo...

MALEK-ADHEL.

¿Seréis mía, Matilde?

MATILDE.

En la presencia

del Dios eterno, cuyo justo brazo

castiga inexorable a los perjuros,

mi pecho a un tiempo, príncipe, y mi labio

confirman el sagrado juramento

de ser vuestra o de nadie. Aseguraos

de mi verdad, Malek. Heme dispuesta

a unirme a vos con duradero lazo

por una eternidad. De vos tan sólo

una respuesta nada más aguardo.

¿Conocéis ya a mi Dios?... ¡Decid!

MALEK-ADHEL.

¡Matilde!

¿Qué pretendéis?... ¡Cruel!

MATILDE.

¡Desventurado!

¿Qué?... Nuestra eterna dicha solamente.

Y vos ¿la rehusaréis?... ¡Adhel!... ¿Negaros?...

HUGO.

Príncipe, reparad que hacia este sitio

se acerca Lusiñán apresurado.

ESCENA III

MATILDE, HUGO, MALEK-ADHEL y LUSIÑÁN, que sale con la espada en la mano.

LUSIÑÁN.

¿Qué altivo musulmán tiene la audacia

de hollar con planta osada este palacio?

¿Quién?...

MALEK-ADHEL.

Yo: Malek-Adhel.

LUSIÑÁN.

¿Cuándo pensaba

no tornaros a ver sino en el campo,

ceñida la coraza refulgente,

donde, por siempre, fueran acabados

al fulminante impulso de mi lanza

nuestra rivalidad, nuestros insanos

debates, nuestros odios, que extinguirlos

ni aun la muerte podrá, vuelvo a encontraros?

¿Y dónde?... Aquí... ¡Oh furor!...

MALEK-ADHEL.

Ese importuno

denuedo reprimid, y sosegaos,

¡oh Lusiñán!; a la princesa augusta,

en cuya alta presencia nos hallamos,

respetad cual debéis. Y respetadme

como enemigo vuestro, que, fiado

en las juradas treguas, ha venido

de buena fe y de paz a este palacio,

a rendir a Matilde el homenaje

debido a su virtud, beldad y encanto.

Ni vuestro altivo orgullo ni ese acero,

que injusto brilla en la indignada mano,

pueden darme pavor en este sitio,
cuando en la lid jamás me lo causaron.

Ahora es tiempo de paz.
LUSIÑÁN.
Paz vergonzosa.
MALEK-ADHEL.
Cual ofendido habláis, y no me pasmo.

Esa arma retirad, que no me asusta.

Deponed ese bélico aparato...

Aquí no asienta bien...
LUSIÑÁN.
Si aquí no asienta,
asentará, ¡oh Malek, cuando vengando
mi religión, mi amor, mi fama y trono
a vuestra altiva frente arranque el lauro

que orgulloso ostentáis.
MALEK-ADHEL.
Si esa esperanza, Lusiñán,

os consuela por acaso,
esperad a que llegue tal momento,

que el Destino, quizá, puede guardaros.
LUSIÑÁN.
Y que tarda, y que tarda a mi impaciencia.
MATILDE.
Rey de Jerusalén, ¡eh!, reportaos.

Moderad ese orgullo y demasía.

Cuando todo el ejército cristiano,
fiel a su honor y a su jurada tregua
prodiga obsequios mil a los vasallos
del triunfante y glorioso Saladino,
¿vos solo osáis con atrevido labio

las paces perturbar? ¿Y así, orgulloso,

desnudáis el acero en el sagrado

asilo de mi estancia?

LUSIÑÁN.

¡Oh Dios!... Princesa:

perdonad, perdonad; como encargado

de la custodia vuestra...

MATILDE.

¿Y qué enemigos

a mi seguridad han atentado?...

Aquí el príncipe entró con mi anuencia,

y puede entrar cuando quisiere a salvo;

y ese celo imprudente y ese arrojo

que refrenéis, ¡oh Lusiñán!, encargo.

(A Malek-Adhel, llevándole aparte.)

Príncipe, el tiempo vuela. Los afectos

en que estáis hora mismo naufragando

conozco bien. Mas si mi amor de todos

puede triunfar, y todos apagarlos,

deponedlos por mí. Vuestra alma entera

ocupad, embebed en un cuidado

más grande y eminente. No se trata

de intereses al tiempo limitados.

A los eternos dirigid la mente.

Mi pecho, por mil dudas devorado,

teme, sospecha, duda, desespera...

Mas ¿qué digo?... Malek, marchad volando;

al arzobispo ved; aún puede hacerlos

de mi amor digno su consejo sabio.

Prestadle honda atención.

MALEK-ADHEL.

¡Matilde!... ¡Ah triste!

MATILDE.

Ya Dios no me permite el escucharos.

A Guillelmo buscad... ¡Ay!, de que restan

cortísimos Momentos, acordaos.

MALEK-ADHEL.

¡Matilde!... Bien... Humilde, os obedezco.

ESCENA IV

MATILDE, HUGO y LUSIÑÁN

MATILDE.

(Al ver que Lusiñán quiere seguir a Malek-Adhel.)

Lusiñán, Lusiñán, ¿adónde el paso

intentáis dirigir?

LUSIÑÁN.

¡Cruel Matilde!

MATILDE.

Esperad, esperad.

LUSIÑÁN.

¡Ah!... Será en vano

intentar seducir al jefe augusto

de la iglesia de Tiro.

MATILDE.

Vuestro labio,

¿qué se atreve a alentar? ¿Qué vil ponzoña

ese pecho maléfico ha engendrado?...

¡Seducir, seducir!... ¿Así ultrajarme?

¿Cómo habláis con tan torpe desacato?

¿Qué pretendéis de mí?...

LUSIÑÁN.

Basta, Matilde;

de pesares sin fin soy triste blanco.

Sé que me aborrecéis.

MATILDE.

Vuestra altiveza,

vuestra rabia feroz y orgullo insano,

¿qué deben esperar?

LUSIÑÁN.

¡Destino horrible!

Ardo en amor, el fulminante rayo

no es más voraz que la insaciable llama

en que por vos, ¡ay mísero!, me abraso.

A la vista cruel de ese dichoso

competidor, el pecho me agitaron

mis afectos terribles... El pretende

que le ceda mi reino y vuestra mano...

¿Y aún he de reprimir?...

MATILDE.

¿Qué estáis diciendo?

¿Cómo ha de pretender, ni imaginarlo,

que le cedáis un reino que, animoso,

ha sabido en la lid arrebatáros?...

¿Cómo que le cedáis la mano mía,

mía, y de nadie más?...

LUSIÑÁN.

Soy desdichado,

princesa; harto lo sé.

MATILDE.

¡Gran Dios, Guillermo!

Guillermo se aproxima con Ricardo.

ESCENA V

MATILDE, HUGO, LUSIÑÁN, GUILLERMO, RICARDO y PRÍNCIPES
CRUZADOS

MATILDE.

¡Oh gran Guillelmo! ¡Oh venerable apóstol!

HUGO.

Consuelo del ejército cristiano,

¡oh virtuoso padre! ¿Al fin los cielos

a nuestro seno os tornan? ¿Qué contrario

destino dilató tan dura ausencia?

¿Qué suceso feliz e inesperado

el volveros a ver nos proporciona?

GUILLELMO.

De Dios eterno los decretos santos

humildes adoremos. Los destinos

de los mortales penden de su mano

omnipotente. A dar el cumplimiento

debido al ministerio de mi cargo,

a recorrer los pueblos oprimidos,

a consolar sus míseros cristianos,

me alejé de estos muros, y aún la tregua,

cual sabéis, no se había declarado.

Estuve en Ascalón y en Cesarea

los tristes cautivos confortando,

y pronto ya a tornar, los sarracenos

a descubrirme llegan; indignados

me acometen, me cargan de prisiones;

ni mi carácter ni mis largos años

su saña templa y furibundo encono,

y a Jafa me conducen como esclavo.

Ayub, que la gobierna, y cuyo pecho

de crueldades jamás se ve saciado,
en mí cebó su vengativa furia
y decretó mi muerte en un cadalso.
Fui sumido en un hondo calabozo,
de horrisonas cadenas abrumado;
y ya el día fatal se aproximaba,
cuando miro caer hechas pedazos
de la prisión las redobladas puertas
y un guerrero llegar; su fuerte brazo
quebranta mis pesados eslabones;
de la horrenda mazmorra, apresurado,
me saca y me liberta.

RICARDO.
Gran Guillelmo

¿y a quién, a quién, decid, auxilio tanto

debisteis?... ¿Conocéis?...

GUILLELMO.

¡Ah!... Sí; conozco

a mi libertador, noble Ricardo.

LUSIÑÁN.

¿Y quién?...

GUILLELMO.

Malek-Adhel.

LUSIÑÁN.

¿Cómo?

GUILLELMO.

No acierto,

señor, por qué ocultísimo milagro

de la alta inescrutable Providencia

a libertarme encaminó sus pasos,

cuando todo parece conspiraba

a detenerle en Ptolomayda.

RICARDO.

Extraño

suceso, a la verdad! ¿Y cómo pudo

saber de vos Malek, ir a buscaros

y llegar tan a tiempo?... son misterios,

¡oh arzobispo de Tiro!, que no alcanzo.

GUILLELMO.

Misterios de virtud y de heroísmo

que no osaré jamás interpretarlos,

o respeto a la mano generosa

que obra el bien sin querer manifestarlo.

No es la primera vez que le he debido

la vida al gran Adhel. Allá en Damasco

me libertó también de los tormentos

y de la muerte. El Cielo ha destinado

a ese príncipe insigne y generoso

para sacarme del peligro a salvo.

LUSIÑÁN.

¡Cuán prevenido estáis, ¡oh gran Guillelmo,

a favor de Malek veo con pasmo!

Y tanta prevención me da temores;

perdonad lo pronuncie sin reparo,

de que la integridad debida altere

para la decisión que ya esperamos

y que de vos, señor, depende sólo.

GUILLELMO.

Mucho estimo a Malek. ¿Por qué negarlo?

Sí, le profeso paternal ternura.

Sus excelsas virtudes y los rasgos
de su heroísmo a amarle me obligaran,
si la fiel gratitud un deber sacro
no me impusiera, Lusiñán, de amarle.
Y yo haré en el consejo a los prelados
de ese príncipe insigne el justo elogio
como vos lo escuchaste. ¿Es necesario,
cuando de sostener se trata sólo
de la alma religión los sacrosantos
derechos, ser injusto?
LUSIÑÁN.
¿Por ventura

queréis en su favor manifestaros?...

¿Intentáis?...

GUILLELMO.

Lusiñán, mis intenciones

no estoy a conferiros obligado.

Mas espero que el ojo penetrante,

que ve la oculta marcha de los astros,

las arenas del mar, y a cuya vista

no hay presente, futuro ni pasado,

contento quedará de mis ideas.

RICARDO.

¿Y quién dudar pudiera, ¡oh padre amado?...

GUILLELMO.

¿Y aunque dudaran, ¡oh señor!, debiera

quejarme yo ni concebir agravio?

Soy hombre y nada más. Todo hombre es frágil,

debilidad y error de los humanos

los atributos son, y pues que todos
sujetos al error, ¡gran rey!, estamos,
también a la sospecha y al recelo

lo debemos estar.

MATILDE.

¡Oh varón santo!

¡Apóstol venerable! Vos tan sólo

sois verdadero justo, y por dechado

de virtudes'sin. mancha, el alto Cielo

os concede a la Tierra.

GUILLELMO.

El entusiasmo

con que habláis, reprimid, incauta joven,

para objetos más dignos reservadlo.

Nadie vive en el mundo sin mancilla,

sujetos todos a faltar estamos.

HUGO.

Señor, y al elogiar el heroísmo

del príncipe Malek, ¿podéis acaso

elogiarle a la par de humilde y dócil

en convertirse a Dios y en escucharos?

GUILLELMO.

Príncipe: permitid no satisfaga

vuestra curiosidad... Ya los preladados

me aguardarán reunidos en el templo

adonde debo dirigir mis pasos.

Acto tercero

ESCENA I

RICARDO, MATILDE y DAMAS de Matilde
RICARDO.

Se cumplió tu afanar: por complacerte

quedó, Matilde, la sesión suspensa,

y ya el Consejo augusto y venerado

goza del gran Guillermo la presencia.

Pero ¿qué esperas de él?... ¡Ah! ¿Por ventura

que su celo inflexible dictar pueda

que de Jerusalén el santo trono

ocupe un musulmán, un fiero persa?...

Mas tú anhelaste esperar su voto,

y yo te complací, por lo que espera

tu hermano y rey que a complacerle pronta

e hallará en adelante. La postrera

decisión del Consejo debe al punto

sancionarse, y al punto mis ideas

debes tú coronar.

MATILDE.

¡Oh Dios! ¡Ricardo!

RICARDO.

¿Te demudas?... Matilde, ¿por qué tiembles?

Educada en el claustro retirado

y dedicada a Dios tu edad primera,

¿cómo tales pasiones vergonzosas

en tu alma pura y cándida se albergan?

Y, aunque justas, y dignas, e inocentes

no criminales ni horrorosas fueran,

¿quién, ¡ay!, puede aprobar el hondo anhelo

con que a su impulso y frenesí te entregas?

Tú, que siempre miraste con desprecio

los goces miserables de la Tierra,

ejemplo de piedad y de virtudes,

¿Ahora en tanto, Matilde, los aprecias?

MATILDE.

Me ofendes, ¡oh Ricardo! No; te juro

que a mi apenado corazón no inquietan

pasajeros afectos al presente,

ni por cosas mortales ves suspensa

mi triste y angustiada fantasía:

pensamientos más altos me enajenan.

¡Oh Dios, Dios de piedad!, a vuestra vista

nada hay oculto en la anchurosa Tierra:

vos penetráis el fondo de mi pecho;

si separarnos es voluntad vuestra,

me resigno sumisa, respetando

vuestros santos decretos... Mas ¿es fuerza

que esta separación, Señor benigno,

por una eternidad terrible sea?...

RICARDO.

No comprendo, Matilde...

MATILDE.

Basta sólo

que el Ser Omnipotente me comprenda.

ESCENA II

MATILDE, RICARDO, DAMAS de Matilde y HUGO

HUGO.

Rey de Albión: volad; en este instante,

de este regio palacio ante las puertas,
el príncipe Malek se ha presentado
y ver a vuestra hermana, ansioso, anhela.

Mas Lusiñán el paso le detiene,
y agitados de cólera funesta
y desnudado el vengativo acero,
sin reparar en la jurada tregua,
combaten con furor. De Palestina,
dice el altivo rey, que en vano intenta
el príncipe llegar a estos salones,
sin antes obtener vuestra licencia.

Apresuraos, señor; ved que la sangre

va a inundar estas plazas.

MATILDE.

¡Oh Dios!, vuela.

No tardes..., por piedad..., Hugo...

RICARDO.

Matilde,

calma esa impropia agitación que ostentas.

ESCENA III

MATILDE, DAMAS de Matilde y HUGO

MATILDE.

Hugo, marchad también... ¡Ay de mí, triste!

¿Conseguirá Ricardo?...

HUGO.

Sí, princesa.

Vuestro pecho aquietad. El rencoroso

Lusiñán, de Ricardo a la presencia,

su furia enfrenará... Y en el momento,

el generoso Adhel...

MATILDE.

¡Oh Dios! Me hiela

la sangre toda el vengativo encono

del atroz Lusiñán.

HUGO.

Aquí se acerca, señora,

el gran Malek, y me retiro,

pues ya el Consejo que concluya es fuerza

su postrera sesión, y yo el primero

tornaré a datos la felice nueva

del decreto que aguardo favorable.

MATILDE.

¡Favorable!... ¡Ilusión que me enajena!

ESCENA IV

MATILDE, DAMAS de Matilde y MALEK-ADHEL

MATILDE.

¡Malek-Adhel! ¡Malek-Adhel!

MALEK-ADHEL.

¡Matilde!,

de amargura y dolor el alma llena,

vengo a buscar consuelo a vuestras plantas,

y armas y altivo arrojo me lo vedan.

¿Dó estoy? ¿Así el sagrado juramento

quebrantan los cristianos de la tregua?

¿Así ese Lusiñán, fiero y altivo,

del honor militar las leyes huella?

Mas, ¡ah!, si otro enemigo, a quien mis ojos

sin tanto encono ni desprecio vieran,

se hubiese opuesto a mi anhelosa planta,

desnudo el pecho miserable diera

al hierro matador, pues muerte sólo

es el consuelo que a Malek le queda.

MATILDE.

¡Muerte! ¡Qué horror! ¡Adhel! ¡Cielo!, ¿qué dices?

¿Y Guillermo?

MALEK-ADHEL.

Jamás, Matilde, encuentra consuelo

alguno el que infelice nace.

Vano fue mi anhelar; la suerte adversa

le alejaba de mí; corrí en su busca

por toda la ciudad, vagando en ella;

por el pregunto al duque de Borgoña;

por él, a Alfredo de Turón; no aciertan

a decirme dó está. Torno a este alcázar,

y ya no le hallo en él, sino sus huellas,

y, ¡oh, fortuna terrible!, en el momento

de entrar en el Consejo, ante las puertas

del templo, do se juntan los prelados,

le alcanzo al fin; mas cuando ya no era

tiempo de que escuchara mis acentos.

MATILDE.

¡Eterno Dios! ¡Eterno Dios!

MALEK-ADHEL.

La inmensa

multitud, que a admirarle se agolpaba,

me inspiró el acercarme. A la hora mesma

se cerró el templo. En este horrible instante,

tal vez la decisión ¡Cruel estrella!

MATILDE.

¡Príncipe!

MALEK-ADHEL.

¡Desdichado! Y qué, Matilde,

¿no le podréis hablar?... Posible fuera

suspenderse otra vez...

MATILDE.

Ya no, ¡Dios mío!

MALEK-ADHEL.

Día terrible... Muerte sólo resta.

(Quedan Matilde y Malek en profunda meditación, sentados al fondo del teatro.)

ESCENA V

MATILDE, DAMAS de Matilde, MALEK-ADHEL, RICARDO y LUSIÑÁN

LUSIÑÁN.

¡Oh, cuál están! Miradlos; sí, miradlos.

¿De justo encono y de furor no llena

vuestro pecho, ¡gran rey!, ver al impío,

al seductor, al temerario persa

al lado de Matilde?

RICARDO.

Sí; me indigna

el verlo más que a vos.

LUSIÑÁN.

¿Por qué mi diestra

contenéis y el acero aquí pendiente

queréis que inútil y dormido tenga?

RICARDO.

Lusiñán, un sagrado juramento

ha suspendido la horrorosa guerra.

Él viene a mi palacio a fuer de amigo:

soy caballero y ampararle es fuerza,

pues fuera indignidad causar injuria

a quien inerme a nuestros brazos llega.

Yo, el primero en el campo de batalla,

aunque respeto su virtud excelsa,

fulminaré la lanza vengadora
contra su pecho, y entre sangre negra,
de él sabré arrebatár la llama altiva,
que me horroriza y en furor me incendia.

Mas ahora mi rencor y noble saña
la fe del pacto y mi palabra enfrenan,
y sólo he de encontrar festivo obsequio,

pues no consentiré se le haga ofensa.

LUSIÑÁN.

Pues yo que nunca...

RICARDO.

Baste.

MATILDE.

¡Oh Dios!

RICARDO.

Sin duda,

ya los prelados el Concilio cierran,

y ya determinaron, pues advierto

que con el gran Guillelmo, a su cabeza,

salen del templo, y donde quier los vivas

y aclamaciones por el aire suenan.

Mas Hugo hacia este sitio, apresurado,

a darnos la noticia se acelera.

MALEK-ADHEL.

Mi suerte se fijó.

LUSIÑÁN.

También la mía.

MATILDE.

Y mi eterno Destino, ¿qué me espera?

ESCENA VI

MATILDE, DAMAS de Matilde, MALEK-ADHEL, RICARDO, LUSIÑÁN y HUGO

RICARDO.

¿Cuál, príncipe, decid, de los prelados

ha sido al fin la decisión postrera?

Mas ¿qué penar anubla vuestra frente?

¿Qué turbación y embargo manifiesta

vuestra marchita faz?... ¿No resolvieron?

HUGO.

Sí, señor; han resuelto.

RICARDO.

Y ¿qué os altera?

MALEK-ADHEL.

¡Ah! Por piedad. no retardéis...

HUGO.

Matilde...

Cuando a ruego, señor, de la princesa,

esta mañana la sesión augusta

suspendieron los jefes de la Iglesia,

era el voto común que vuestra hermana

del héroe musulmán esposa fuera.

Pero del grande y ejemplar Guillelmo

la santidad, el celo y la elocuencia

mudaron la opinión de los prelados,

y todos, que le admiran y respetan,

su dictamen aclaman y le siguen...

LUSIÑÁN.

Y ¿cuál es? Acabad.

HUGO.

Que a las propuestas

del valiente Soldán en nada accede,

y que el permiso, inexorable, niega

para unir en los lazos de himeneo

a Matilde y a Adhel..., como no sea

que ese príncipe insigne, en el espacio

preciso de tres días, se resuelva
a abjurar sus errores infernales,
y a no emplear la formidable diestra
en favor de las lunas musulmanas.
MALEK-ADHEL.
¿El término es tres días? ¡Ah! Me afrenta,
me agravia el que ese espacio vergonzoso
para un perjurio vil se me conceda.

¿Necesito ese tiempo, por ventura,
para no cometer una vileza?...

No, triunfador glorioso Saladino;
no, hermano, a quien adora mi alma tierna;
no, patria idolatrada... ¿Abandonaros?...

¿Venderos?... No será.
MATILDE.
Ábrete, ¡oh tierra!

¿Qué rayo el alto Cielo me fulmina?
(Cae desmayada en los brazos de sus damas.)
HUGO.
¡Infelice Matilde!
RICARDO.
(A las damas de Matilde.)

A la princesa

retirad al momento de este sitio.
MALEK-ADHEL.
¡Día de horror, Matilde! ¿Acaso fuera

Malek digno de ti, de tus virtudes,
si tan atroz perfidia cometiera?

ESCENA VII
RICARDO, LUSIÑÁN, MALEK-ADHEL, HUGO, GUILLELMO y PRÍNCIPES
CRUZADOS
GUILLELMO.
¿Y perfidia juzgáis, príncipe ilustre,

el no empuñar las armas en defensa

de los infieles, y el seguir?...

MALEK-ADHEL.

Yo juzgo

perfidia infame y vil, y atroz y horrenda,

abandonar al noble Saladino,

a quien ama mi alma toda entera.

Abandonar a un generoso hermano,

cuya amistad y sin igual ternera

quiere sacrificar su gloria y trono

por mi felicidad.... ¡oh torpe mengua!

¿Yo hacer traición a su cariño? ¡Nunca!

RICARDO.

¿Conque ya renunciáis de la princesa

la mano y el amor?

MALEK-ADHEL.

¡Ah!... Yo renuncio

sólo a cubrirme de la horrible afrenta

de ser traidor al noble Saladino

y a mi sangre... ¡Qué horror!... Esa belleza,

esa belleza ilustre que atesora

todas las perfecciones de la Tierra

y todas las virtudes de los Cielos,

no debe el premio ser de una vileza,

de una infame traición, de una perfidia...

¿Aceptar yo jamás tales propuestas.

¿Yo aceptarlas?... Las olas resonantes

que azotan sin cesar esta ribera,

antes se extenderán por el desierto,
inundando sus áridas arenas,
que yo a mi tierno hermano le abandone,
que contra ti o mi patria alce la diestra

sacrílega...

(La agitación le impide continuar, y habrá una larga pausa.)

LUSIÑÁN.

(A Guillelmo.)

¡Oh señor, oh varón santo,
cuánto os separan las virtudes vuestras
del resto de los míseros mortales,
que indignos son de penetrar la fuerza
de vuestra santidad y la sublime
rectitud indeleble, que está impresa
en vuestro justo corazón. La vida
y la felicidad vuestra prudencia
y vuestro celo me devuelven... ¡Cielos!
Todo lo debo a vos, de quien sospechas
tal vez osé abrigar... ¡Ah!... Os aseguro
que en mí la gratitud vivirá eterna.

GUILLELMO.

No la merezco, Lusiñán. Protesto

que en la ocasión presente, en mis ideas,
ni vos ni otro mortal han influido,
ni vi los intereses de la Tierra.

HUGO.

¡Oh inflexible virtud! ¡Oh santo Cielo!

Pero, señor, la mísera princesa...

GUILLELMO.

Cuando llegue a explicarle los motivos
que a esta resolución me compelieran;
cuando escuche mis sólidas razones,
verá si el interés, si la pureza
de nuestra religión, esa alianza
que propuso el Soldán nos consintiera
aceptar. Sí; su virtuoso pecho,
mansión de la piedad, verá que fuera
exponer su virtud pura, inocente,
dando a un esposo musulmán la diestra,
a flaquear, tal vez, un día aciago
en la fe sacrosanta, ¡horrible idea!,
y lloráramos todos, responsables
de su infeliz reprobación eterna.
MALEK-ADHEL.
No, inflexible varón; tales temores
albergar vuestro pecho no debiera.
¡Infelice de mí!... Vos escuchasteis
mis intentos, señor. y mis promesas:
vuestro indomable celo no ha podido
resolverse a ceder... ¡Ah!
GUILLELMO.
Cuando esfuerza
el celo humano Dios; cuando Dios mismo
es el objeto de él, ¡cómo pudiera
ceder?... Príncipe, no; cuando se lidia
por la causa de Dios, vencer es deuda,

aunque cueste dolor, tormento y llanto.

No puede ser cristiano el que le cela

a los ojos del mundo. El que prefiere

la opinión de los hombres, de la Tierra

la amistad e interés a Dios y al Cielo.

MALEK-ADHEL.

¡Oh confusión! ¡Oh amor!; Cruel estrella!...

Señor, señor; en este infausto día

me habéis hecho más daño que pudieran

todos los hombres contra mí reunidos:

me habéis hecho infeliz. Sí; la tremenda

aflicción que me abrumba a vos la debo

Y, sin embargo, os juro que en la Tierra

no hallo a quien tanto como a vos estime

y respete a la par. Os lo confiesan

mi corazón, mis labios... Aun espero

que para siempre de la Parca horrenda

no nos separará la atroz cuchilla

sin que reconciliado a vos me vea.

GUILLELMO

¡Qué halagüeña esperanza en mí renace

al escuchar las expresiones vuestras!

MALEK-ADHEL.

¡Ah! Mas ¿qué dudo? No, jamás: huyamos.

Señor, el regocijo que demuestra

(A Ricardo.)

por esta decisión vuestro semblante

mi desventura y aflicción aumenta:

tal vez, si os mereciese mi infortunio

al menos compasión, la amarga pena

no tan atroz me desgarrara el alma.

Mas harto advierto, ¡crueldad horrenda!,

que todo Ptolomayda, se conjura

contra Malek-Adhel, y en otra esfera

debe ya colocar sus esperanzas,

pues tan falaces fueron en la Tierra.

Yo me alejo, señor, de este recinto,

donde todo me abruma y atormenta;

torno a los brazos de mi tierno hermano;

mi consuelo y mi dicha aquí se quedan.

Cuando la decisión de los prelados

el generoso Saladino sepa...

No sé lo que será. Pero preveo

que va a empezarse la horrorosa guerra,

devastadora cual jamás, cual nunca

feroz, horrible, y bárbara y sangrienta,

y la calamidad y el exterminio abrumarán

la estremecida Tierra.

HUGO.

¡Desventurado Adhel! ¡Piadoso Cielo!

RICARDO.

¡Oh príncipes, venid! Hasta las tiendas

del excelso Soldán acompañemos

a su valiente hermano. Obsequio sea

debido a su valor y a sus virtudes.

GUILLELMO.

¡Eterno Dios!, imploro tu clemencia.

Acto cuarto

ESCENA I

MATILDE, sola

MATILDE.

Confusión, amargura, hórrido espanto

por doquier me circundan. ¡Desdichada!

¡infelice Destino!... ¡Para siempre

le perdí, para siempre!... ¡Suerte infausta!

¡Suerte cruel!... ¡Gran Dios!, ¿y sus virtudes

se perderán también? ¿Qué hielo pasma

la sangre toda de mis venas?... ¡Cielos!

ESCENA II

MATILDE y HUGO

MATILDE.

¡Hugo!... ¡Amigo!...

HUGO.

Princesa infortunada,

hasta el campo enemigo del valiente,

del desdichado Adhel, seguí la planta,

en justo obsequio a su virtud sublime,

y en debido respeto a sus desgracias.

¡Cuál iba, eterno Dios!... Aquel semblante,

que el heroísmo y el honor inflaman,

he visto mustio, pálido, marchito

y regado de lágrimas amargas;

las primeras, sin duda, que sus ojos

supieron derramar. Estas murallas

veloz atravesó, y al ver, acaso,

la lúgubre mansión donde descansa
en la marmórea silenciosa tumba
el gran Montmorency, de pronto para,
tiembla, y del hondo de su noble pecho
un suspiro de horror, pálido, arranca.
Me ruega que le siga, y, presuroso,
a los reales del Soldán se avanza,
sin reparar en sus guerreros fieles,
que en su redor se agolpan y le aclaman,
la multitud penetra taciturno,
llega a su pabellón, a todos manda
que conmigo le dejen, anhelante
escribe y sella este papel, me abraza,
mi seno inunda de copioso llanto,
fuera de sí se arroja ante mis plantas:
y: «¡Oh tierno amigo! -con ardor me dice-.
Si caballero sois, si en vuestra alma
la sensibilidad tiene acogida,
tomad este papel, y sin tardanza
entregadlo a Matilde; de él depende
mi salvación eterna». Sus palabras,
su amistad, su actitud, su acerbo lloro
y el recordar que un tiempo quebrantara
el poderoso yugo de mi cuello,
tornándome una esposa idolatrada

y unos hijos cautivos inocentes,
no pude resistir, desventurada.
Juzgo no haber faltado a mis deberes,
pues tal vez de esta misteriosa carta
dependerá la paz, vuestra ventura
y de Malek la conversión ansiada.

Examinadla, pues. Yo me retiro.
(Entrega un papel cerrado a Matilde.)

ESCENA III

MATILDE, sola

MATILDE.

¿Qué tiembles, corazón?... ¿Qué te acobarda?...

¿Qué papel, Dios eterno?... Y qué, ¿mi pecho

aún osa concebir dulce esperanza?
(Lee.)

«No olvides, ¡oh Matilde!, el juramento
que en medio del desierto, en la sagrada
presencia del Señor Omnipotente,
en libertad hiciste; nada, nada
reservarme juraste, exceptuando
tu inocencia y tu fe. De tu palabra
el cumplimiento ya llegó. Interesa
a la quietud eterna de mi alma
tornarte a ver. Es fuerza que esta noche,
de la sombra a favor, dejes tu estancia,
yendo a la regia tumba do reposa
el gran Montmorency, que allí te aguarda

este infelice. Mas si tú, perjura,
de mí te olvidas, y en buscarme faltas,
allí desesperada horrible muerte
dará fin desastroso a mis desgracias,
y se hallarán junto al sepulcro mudo
donde el héroe francés en paz descansa
del desdichado Adhel los restos fríos.

Ya mi resolución está fijada».
(Representa.)

¡Oh Dios! ¡Eterno Dios! ¿Qué nuevo espanto
por mis helados miembros se dilata?...

¿Qué he leído?... ¡Infeliz!... ¿Mis tristes ojos
cansados de llorar tal vez me engañan?...
(Vuelve a mirar el papel.)

¡Ay!... Si yo falto, la espantosa muerte
dará horrorosa cima a sos desgracias...

¡Qué horror!... No... Yo, a salvarle... Mas ¿qué digo?

¿A buscar a un infiel, a quien acaba
de separar de mí la Iglesia augusta,
prohibiéndome el amarle?... ¡Desdichada!

¡Mis juramentos!... ¡Dios!..., ¡ah! Me asegura
que la quietud importa de su alma...

¿Será, tal vez?... Abismos espantosos
do quier circundan mi dudosa planta,

¿Qué partido me resta? Sólo encuentro
peligros, dudas, confusión amarga,

y huyen de mí la paz y la alegría,

y ya mi fuerza y mi valor desmayan...

Mas, ¡ay!, Guillelmo llega... ¿Cómo puedo
(Oculto el papel.)

disimular con él?... ¡Oh suerte infausta!

ESCENA IV

MATILDE y GUILLELMO

GUILLELMO.

Hija mía, Matilde... ¿Por ventura,

entenderme podéis?

MATILDE.

Sí; preparada

a todo estoy, señor.

GUILLELMO.

Es necesario

aceptar, ¡oh Matilde resignada!,

el cáliz de amargura que os presenta

el mismo Dios. Mirad que reservadas

tiene pruebas tan grandes para pocos

elegidos; a todos no señala

con la gloria de tales sacrificios.

MATILDE.

Ya he recibido el de mi dicha, y calla

mi humilde corazón; y si le place

tanta conformidad, con toda el alma

le ruego que reciba el de mi vida.

GUILLELMO.

La desesperación nunca le es grata;

escuchad, pues, princesa, las razones

que con voz imperiosa me obligaran

a dictar al Consejo la repulsa

que lamentáis. La lid extraordinaria
que ha agitado mi pecho, el Cielo sabe
inocente Matilde, al pronunciarla.
La justa gratitud y la ternura
que al obcecado Adhel debe mi alma
notorias son; notorios mis deseos
de su dicha y la vuestra,, i ob desgraciada!;
pero en su pecho, como el bronce duro,
no hicieron mella alguna mis palabras.
Se resistió a la luz..., ¡desventurado!
Aún no llegó el momento; reservadas
son las miras de Dios.
MATILDE.
¿Y aun se preciso resignarse?
GUILLELMO.
¡Infeliz! ¿Dónde os arrastra
vuestro dolor? De mi penosa vida
en la carrera perezosa y larga
he visto mil sucesos diferentes
y mil calamidades y desgracias;
mas no encontré jamás motivo alguno
para no resignarme con las altas
providencias del Ser Omnipotente.
¿Quién sus designios penetrar osara?
Tal vez la conversión del héroe persa
Para momento inesperado guarda.
Entre tanto, Malek ha resistido

mi persuasión. En vano ante sus plantas
me he prosternado; en vano sus errores
le he hecho patente, y con la antorcha clara
de la Eterna Verdad le he combatido.

Alguna vez mi pecho en esperanzas
dulcísimas viviera, pues acaso
le he visto conmoverse, y protestaba
que de la fe la esplendorosa lumbre

su corazón hería...

MATILDE.

Si su alma

ha llegado a sentir...

GUILLELMO.

Triste princesa,

sin las obras, ¿qué sirven las palabras?

El que la luz conoce y la resiste
es doble criminal. Desde que en Jafa
mis cadenas rompió, ni un solo instante,
hasta que vi de nuevo estas murallas
dejé de persuadirle; mas en vano.

Inflexible y tenaz, imaginaba
que el abrazar nuestros sagrados dogmas
y de su amante hermano y de su patria
declararse traidor era lo mismo.

Es verdad que dejaros me juraba
entera libertad en nuestro culto,
y que en secreto de la Iglesia santa

humilde abrazaría los preceptos.

Pero esto ¿era bastante?... ¿En una vana

promesa solamente confiado,

debiera yo de la ciudad sagrada

colocarle en el trono y exponerla

a escándalos sin fin?... ¡Infortunada!

Si es tan difícil la pureza augusta

de la divina fe, guardar intacta

en medio de santísimos ejemplos,

¿qué será entre los riesgos que asombraran

a las mismas angélicas virtudes?...

¡Qué horror!..., hija, ¡qué horror! Si vos...

MATILDE.

¡Ah!..., basta;

por piedad, no sigáis...: Os aseguro

que yo misma, yo misma pronunciara

la decisión que vos...

GUILLELMO.

¡Oh Dios eterno!

Si tal virtud y altísima constancia

tienen asilo en su virgíneo pecho,

no tengo qué añadir... ¡Oh joven santa,

encanto de la Tierra y de los cielos!

MATILDE.

¿Qué pronuncias? Yo tiemblo... ¡Qué palabras!

¡Ah!..., soy muy criminal... ¡Ay!...

GUILLELMO.

¡Hija mía!,

¿qué nueva turbación, ¡cielos!, embarga

vuestro pecho?...

MATILDE.

¡Señor! Guillermo ¡ay triste!

GUILLELMO.

¿Qué preveo?... ¡Gran Dios!... ¡Matilde!...

MATILDE.

Nada,

nada puedo deciros; no, Ricardo...

GUILLELMO.

Qué dudas, ¡ah!, mi corazón desgarran.

ESCENA V

MATILDE, GUILLELMO, RICARDO y LUSIÑÁN

RICARDO.

Borrascoso y terrible fue este día

para tu corazón, ¡oh tierna hermana!

Pero a favor de tu virtud sublime,

¿de qué horrendos desastres no triunfaras?

MATILDE.

¡Ay Ricardo!...

RICARDO.

Las sólidas razones,

y el Cielo, y la piedad, que tanto ensalzan

al ínclito arzobispo, ya a tu pecho

habrán tornado la apacible calma.

Y dispuesta, sin duda, hora te miro

tu esfuerzo a completar.

MATILDE.

¡Dios!... ¿De qué tratas?

RICARDO.

Escuchadme tranquila. Los desastres

de la guerra feroz, desde mañana,

van a tornar a estremecer la tierra.

Saladino, furioso, ardiendo en rabia,

va a embestirme con alto poderío.

Adhel, su altivo hermano, con el ansia,

tal vez de conquistarte a viva fuerza
con el auxilio de sus fuertes armas,
le prestará su aterrador alfanje,
y es preciso quitarle esa esperanza.

Los valientes guerreros de la Europa,
por premio de sus ínclitas hazañas
en el dosel de Palestina quieren
ver alguna princesa de su patria,

y tú debes de ser.

MATILDE.

¿Cómo? ¡Ricardo!

RICARDO.

Uniéndote himeneo sin tardanza

al grande Lusiñán, mi tierno amigo.

MATILDE.

¡Cielos!

RICARDO.

Con este enlace, entusiasmadas

las católicas huestes numerosas,

volarán a la lid, y nuestras armas

con nuevo aliento y ardoroso brío:

arrollarán doquier las musulmanas

haces, y tremolar nuestros pendones

veremos en Sión.

LUSIÑÁN.

Yo, con mi lanza,

sabré, señora, recobrar el trono

para ofrecerlo a vuestra bella planta.

RICARDO.

Sí, Matilde; no dudo que al momento

mi determinación veré aprobada

por ti, y al punto...
MATILDE.
No; jamás, Ricardo,

¿Qué pretendes de mí?... ¿Qué?
RICARDO.
Lo que aguarda

el ejército entero.
LUSIÑÁN.
Lo que anhela

mi amante pecho.
RICARDO.
Y lo que exige y manda

tu rey. tu hermano, yo.
MATILDE.
¡Qué tiranía!

¡Cielos!... Antes la muerte.
RICARDO.
Ya me cansan

tus tenaces repulsas. Desde el punto
que tornaste, Matilde, a estas murallas,
libre del cautiverio, los cristianos
se han ocupado más de tus extrañas
aventuras y amores delincuentes
que en el intento, y en la empresa santa
por que dejaron con esfuerzo heroico
sus esposas, sus hijos y sus patrias.
¿Y juzgas, di, que la mitad de Europa
haya venido al corazón de Arabia
tan sólo a presenciar, en ocio inerte,
debilidades que tu nombre inflaman?
Concluya todo ya. Nobles empresas

llenen las huestes que la Cruz esmalta.
Obedece su voto. Las antorchas
del himeneo alumbrarán mañana
tu unión con Lusiñán, que luego al punto
conmigo ha de tornar a las batallas,
donde su aliento y esforzado brío
del persa infiel abatirá la saña,
triunfando de Malek. Y la victoria
hará patente con ardiente llama
que es más digno de ti que el orgulloso
árabe infiel a Dios. Sí; ya tomada
ves mi resolución. Tu dicha anhelo,
pero más el honor de nuestra causa.
No haya más replicar. Sólo te cumple
obedecer. Prepárate: mañana
a Lusiñán por siempre has de enlazarte
del Dios omnipotente ante las aras.
MATILDE.
¡Oh Dios! ¡Qué horror!... Jamás. jamás. Su vista
de terrible pavor mi pecho embarga...
¿Dónde me esconderé de los tiranos?...

A esta infeliz, eterno Dios, ampara.

ESCENA V
GUILLELMO, RICARDO y LUSIÑÁN
RICARDO.
¿Lo veis, señor?... ¿Lo veis?
GUILLELMO.
A pesar mío.
LUSIÑÁN.

¿Por qué la dulce persuasión que manan

vuestros sublimes y celosos labios

no usáis en mi favor? Vuestras instancias...

GUILLELMO.

Jamás permita Dios que mi elocuencia

a la opresión y a la injusticia valga.

RICARDO.

¡Opresión!... injusticia!...

GUILLELMO.

¿Y no lo advierte

vuestro gran corazón, rey de Britania?

¿No es injusticia el aumentar las penas

que hoy a Matilde sin piedad contrastan?

¿No es injusticia atormentar su seno

con la reconvención dura y amarga?

¿No es crueldad el desoír su llanto

y abusar de su suerte y sus desgracias?

¿Y no será opresión el compelerla

a un lazo que detesta? ¿Y el forzarla

a que al momento calle y se resigne?...

¿Cómo así, excelso rey? Vos la esperanza

queréis quitar a Adhel. Y ¿qué se logra?

Y si con ella, por ventura, abraza

la augusta religión que profesamos,

¿no fuera un nuevo triunfo, una ventaja?

LUSIÑÁN.

Señor, que ese perverso sus errores

abjure o no, ¿qué importa a nuestra causa?

Ni su alfanje me aterra ni su nombre.

Cima daremos a la empresa santa,
a su pesar, que Lusiñán respira
y empuña la tajante cimitarra.
GUILLELMO.
A la verdad, señor, que la experiencia
pudiera deshacer vuestra esperanza.
Recordad que de Adhel el fuerte brazo
el trono hundió que vuestros pies hollaban,
y la memoria, ¡oh rey!, del infortunio
os quitará, tal vez, la confianza,
que solamente colocarse debe
en el supremo Dios de las batallas.
Mas, lejos de implorar su santo auxilio,
le ofendéis, le ofendéis con la arrogancia
y con querer, injusto, que Ricardo
por vos, oprima su inocente hermana.
RICARDO.
Señor, os excedéis de las funciones
de vuestro sacro ministerio; basta.
LUSIÑÁN.
Y ¿quién os constituye, por ventura,
juez de los reyes?... Vuestra lengua osada...
GUILLELMO.
Defender la inocencia es deber mío
de quien pretenda sin reparo hollarla.
Si en público jamás falto al respeto
que es debido tener a los monarcas
y a los que jefes son de las naciones,
debo en secreto reprender sus faltas

y hablarles como a hombres acosados
de errores y pasiones, por desgracia.
Rey de Albión, si, deslumbrado y ciego,
oprimís a Matilde, vuestra hermana,
holláis la religión y la justicia,
y el Dios eterno les dará venganza.
Y vos, ¡oh Lusiñán!, tened por cierto
que si exigís con arrogante audacia
que Ricardo os mantenga la promesa,
que nunca debió hacer, os amenazan
el odio eterno y el airado brazo
del que en los tronos y en los reyes manda.

ESCENA VII

RICARDO y LUSIÑÁN

LUSIÑÁN.

¿Qué me importa su orgullo y osadía

si vos sabéis cumplir vuestras palabras?

RICARDO.

Y que inmutables son. Os juro, amigo,

que Matilde es ya vuestra. Sí; mañana,

a la primera luz, su amor eterno

os ha de consagrar ante las aras,

aunque el mundo se oponga.

LUSIÑÁN.

Amigo amado,

en gratitud mi corazón se abrasa.

RICARDO.

Vuestra será. Y al punto, revistiendo

el fiero casco y la acerada malla,

volemos a la lid. Rindan sus torres

a nuestra vista Cesarea y Jafa;
y sembrando la muerte y el asombro,
cual rayo aterrador, nuestras espadas
por siempre ahuyenten a los fieros persas
de Palestina y de las dos Arabias,
y tremolar las cruces por el viento
mire Jerusalén en sus murallas.

Acto quinto

(El teatro representa una magnífica capilla sepulcral. adornada de despojos militares y alumbrada con una lámpara, y en medio del foro debe levantarse un magnífico sepulcro lleno de trofeos.)

ESCENA I

MALEK-ADHEL, solo

MALEK-ADHEL.

¡Oh cuánto tarda!... Mi confuso pecho,

de horribles sobresaltos combatido,

no sabe qué esperar... ¡Cielos!... ¡Matilde!

¡Matilde! ¿Dónde estás? ¡Cruel destino!

¿En la mansión tranquila de la muerte

la intenta recobrar el amor mío?

¡Qué afán!... La paz habita en los sepulcros;

el silencio, el pavor tienen su asilo

en estas altas bóvedas oscuras,

do lúgubres resuenan mis suspiros.

El silencio, la paz, que yo, infelice,

me atrevo a perturbar en mi delirio.

En esta tumba, en sempiterno sueño,

del gran Montmorency los restos fríos

yacen por siempre... Por Matilde el cuello

dio denodado al espantoso filo.
Felice, ya estás libre del combate
de las pasiones en que yo me abismo.
¿Cuándo te seguiré? ¡Qué hielo horrible,
lento, discurre por los miembros míos!
¡Matilde!... ¡Oh tú, Matilde!... No. no viene.
Mi pecho, ¡oh dudas!... ¡Bárbaro martirio!
No; su pecho es mansión de las virtudes,
de la verdad su labio. Mas ¿qué digo?
Juró no abandonarme... ¡Justo Cielo!
Su religión, en este día mismo,
de mí la aparta.... me la roba, y ella
me dejará morir en hondo olvido.
Su religión.... ¡qué augusta se presenta,
cuán sacrosanta ante los ojos míos!
En ella, ¡qué dichoso yo sería!
¡Con ella!... No, jamás... ¡Oh Saladino,
oh patria, no! ¡Qué mar tan borrascoso
en mi apenado corazón abrigo!

ESCENA II

MALEK-ADHEL y MATILDE

MATILDE.

¡Qué horror!... ¡Cielos! ¿Dó estoy? ¿Por qué mi planta

a este lugar terrible me ha traído?... ¡Qué silencio!

MALEK-ADHEL.

¡Matilde!

MATILDE.

¡Oh Dios!

MALEK-ADHEL.

¡Matilde!

¿Te torno a ver? Dichoso es mi destino.

Me vuelves a la vida; a ti tan sólo

debo el dulce consuelo que respiro.

MATILDE.

¡Adhel, Adhel! ¡Qué espanto! ¿Con qué objeto

me convocáis, osado, en este sitio?

¿Qué pretendéis de mí?... ¡Dios! ¿Más desastres

reservados están? ¿Será preciso

resistir más combates?... Habla pronto...

Hazme al punto patente tus designios,

concluya de una vez tanto infortunio.

acaba.... acaba, pues... ¡Cruel prestigio!

Concluyamos, Adhel.

MALEK-ADHEL.

¡Ah! ¿Por qué tiembles?

Jamás tu pecho tan turbado he visto.

¿Qué te agita, Matilde?... El sobresalto,

el terror y la muerte están escritos

en tu marchita faz.

MATILDE.

¡Ah! ¿Me preguntas

qué agita, qué confunde el pecho mío?...

¿Dónde? En este lugar, que profanando

nuestras plantas están, a do he venido,

a pesar de mi hermano, de mi fama

y de mi Dios también... Yo me horrorizo.

La cristiandad entera ha separado

mi triste corazón del tuyo hoy mismo,
y ensangrentado, y devorado, y muerto,
cual en mi pecho mísero le abrigo,
me manda que le entregue sin demora
al hombre que aborrecen mis sentidos...

Unirme a Lusiñán en el instante

Ricardo quiere...
MALEK-ADHEL.
No será, que aún vivo.

¡Horrible tiranía, que enfurece

mi corazón!
MATILDE.
El implorar tu auxilio

es el único medio que me resta
para librarme de ella. ¡Medio inicuo
y vergonzoso, con que mi alto nombre
en oprobioso deshonor mancillo!
Aún falta más a mi inquietud. ¡oh cielos!
En este suelo de pavor te miro,
donde la muerte en torno te circunda,
do tu frente amenazan mil peligros.
Si te descubren..., ¡ay!, un sanguinario
rival atroz, un pérfido enemigo
gozará la ocasión de la venganza...
Y yo a tu lado estoy..., ¡negro delito!,
junto a ti, de mi patria y de mi hermano
y de mi religión contrario impío...

¿Y no se abre la tierra y me confunde?

Sí; por mi voluntad aquí he venido,
y por debilidad quedo a tu lado,
y desoigo, culpable, el santo grito
de mi conciencia, que me acusa; y nada
me arredra, y, delincuente, aquí persisto,
sin fruto, destrozando mi alma toda
con mil remordimientos y martirios.

He aquí mi situación. ¿Y me preguntas
qué me agita? ¿Y aún quieres que tranquilo

mi espíritu te escuche?
MALEK-ADHEL.
No, Matilde;

ya ni tranquilidad ni calma exijo
de tu apenado pecho; sólo quiero
resolución. El tiempo, fugitivo,
huye y no torna; aprovechar es fuerza
los instantes: ya todo prevenido,
todo, lo está por mí. Llegó el momento;
huyamos para siempre de este sitio.

Mañana te verás libre y segura

en la Corte del bravo Saladino.
MATILDE.
¿Qué osaste pronunciar? ¿Qué? ¡Temerario!
MALEK-ADHEL.
No te ofusques... Escucha te suplico.

Para hollar con veloz y osada planta
todo temor, para animar tu brío

y decidirte, al fin, a mis propuestas,
no quiero recordarte tu destino;
no que obligada te verás mañana,
mañana de la aurora al primer brillo.
a un himeneo horrible que detestas:
no mi horrendo despecho, el hondo abismo
de tormentos do vas a despeñarme
con ese enlace atroz. El labio mío
sólo ha de recordarte el juramento
que pronunciaste, de que al Cielo mismo
garante hiciste, el rayo provocando
si faltabas a él y su castigo.

¡Oh Matilde! Recuerda tus palabras:
de todo me ofreciste el sacrificio,
tu inocencia y tu fe salvando sólo;
que cumplas hora tu palabra exijo.
Guarda, Matilde, tu inocencia intacta.
guarda pura tu fe; pero al abrigo
ponte de esos tiranos inflexibles,
que quieren inmolarte a su capricho.
Sígueme, pues, y nada te detenga;
ven a buscar defensa, amparo, abrigo,
de mi hermano en el seno cariñoso.
que ya te espera plácido y benigno.
En su Corte estarás más respetada

que en la que riega el Támesis umbrío
Tú sola vivirás en un palacio
do la pompa oriental muestra su brillo.
Allí nadie osará, ni aun con la vista,
tu mansión penetrar; nadie, y yo mismo
jamás en él imprimiré la planta
sin obtener primero tu permiso.
El Asia, el ancho mundo, el orbe todo
de tu pureza angélica testigos
y de mi sumisión y hondo respeto
serán, y yo mis ruegos y suspiros
sabré enfrenar y contener valiente
de mi amoroso afán el fuego vivo.
Sí, Matilde, Matilde; libre y pura
vivirás y tranquila en tu retiro,
fiel a tu Dios, cercada de cristianos
ejercitando tus sagrados ritos.
Y si, afable, te dignas de admitirme
a ejercerlos también allí contigo,
tal vez de tus augustas ceremonias
y de tu alta virtud al fin vencido,
mi corazón humilde dará entrada
a tu fe y a tu Dios.
MATILDE.
Cesa, ¡oh martirio!
Si tú a reconocerlos accedieras,

si abrazarlos hubieras consentido,
no regara mis pálidas mejillas
el llanto acerbo de los ojos míos.
¡Oh, cuán felices fuéramos!... Ahora
lejos de avergonzarme de mi inicuo
y criminal amor, de él me jactara.
Y a tu lado, Malek empedernido,
en lugar de espantarme las miradas
de Ricardo, de todo el cristianismo
y del Dios vengador, yo los pusiera
de mi dicha y la tuya por testigos.
MALEK-ADHEL.
Basta, Matilde; basta. Tus palabras
son de mi pecho bárbaro suplicio
¡Ah!... No lo ignoras..., no. Mi tierno hermano,
el heroico, el valiente Saladino,
aborrece tu culto. Inexorable,
ha jurado por siempre confundirlo.
Igual es ser cristiano, ante sus ojos,
que declararse su hórrido enemigo...
¿Y debiera yo serlo? A ser cristiano,
lo hubiera entre los hombres sostenido,
que al seguir a tu Dios, el defenderlo
fuera la obligación del brazo mío.
¿Y contra quién, Matilde? En la terrible,
en la guerra que atroz hubiera ardido.

¿Qué me restaba, di?... ¿Qué, por ventura,
en inerte baldón, en ocio indigno,
entre los dos ejércitos quedara,
viendo en uno mi esposa y mi Dios mismo;
en el otro, mi hermano y dulce patria?
¿Mil votos, por lo menos, que partido
tuvieran?... Decidid, nombrad, Matilde.
un juramento nuevo, uno inaudito
(si es que tanto alcanzáis), que no aparezca
sacrílego y terrible, y me decido
a pronunciarlo. Pero basta; advierto
en tu semblante pálido y marchito
la impresión del horror... Sí, te estremeces
y la razón me das... Harto te he dicho.
Sígueme, pues; tu decisión, sin duda,
obligará de nuevo a los obispos
a abrazar la opinión, que ya abrazaron,
y que Guillelmo contrarió. Rendidos
los guerreros cristianos de esta guerra
al peso atroz, verán con regocijo
esta ocasión, que espero proporcione
de amable paz el consolante alivio.
Sí; de la humana sangre los torrentes
que a inundar van en espumoso río
este suelo infeliz, tú sola puedes

contener, accediendo a mis designios.

Tú, de Jerusalén el alto trono

ocuparás; en ella su dominio

los cristianos tendrán..., y acaso, acaso,

todos, y aun el austero Saladino,

de tu virtud, de tu sublime ejemplo

y también de los cielos el auxilio,

cederán, y a tu Dios y a tu creencia,

al fin, tal vez se humillarán rendidos.

Pero si, ingrata y dura, te resistes

mis huellas a seguir, aquí, ahora mismo.

a mi amor, a mi vida, a mi esperanza

dará horroroso fin este cuchillo.

(Saca un puñal en ademán de herirse.)

MATILDE.

¡Tente, tente!... no más... ¡Oh Dios eterno!

Tú me mandas seguirle. Mas ¿qué digo?

MALEK-ADHEL.

No perdamos el tiempo. Sí, Matilde;

sígueme, ven.

MATILDE.

Espera. No resisto...;

mas escúchame, Adhel.

MALEK-ADHEL.

¿Qué?

MATILDE.

No a la Corte

de tu glorioso hermano

Saladino me vas a conducir.

MALEK-ADHEL.

¿Dónde?

MATILDE.

A la cumbre

de famoso Carmelo; entre sus riscos
sabes se encuentra un santo monasterio.

Quede yo en él oculta, sea el abrigo
que de Ricardo y Lusiñán me esconda.

Así mi juramento ves cumplido.
MALEK-ADHEL.
¿Y qué, Matilde?
MATILDE.
¡Oh Dios!
MALEK-ADHEL.
¿Qué te estremece?
MATILDE.
¿No adviertes..., qué rumor? ¡Cielos! ¡Perdidos

somos.... noble Adhel!
MALEK-ADHEL.
No... Nada temas.
MATILDE.
¡Que aquí llegan, Adhel!
MALEK-ADHEL.
¡Cruel destino!
MATILDE.
Ocúltate al momento. Sí, esta tumba

te esconda a los feroces

que a este sitio mueven la planta audaz.
MALEK-ADHEL.
Qué, ¿Yo ocultarme

como pudiera un vil?... No...
MATILDE.
Mi peligro

muévate, ¡oh noble Adhel! Si aquí me encuentran

sola, no importa; saben que contino

vengo a esta tumba a dirigir mis votos

al Soberano Dios. Mas si contigo

me sorprenden, ¡qué horror, muerta mi fama,

y burlados serán nuestros designios.

Ven, escóndete, pues... Sí..., ya penetran.
MALEK-ADHEL.
Te obedezco, Matilde, a pesar mío.
(Se esconde detrás del sepulcro.)

ESCENA III

MALEK-ADHEL. (Oculto), MATILDE, LUSIÑÁN y dos ESCUDEROS suyos
LUSIÑÁN.
(A los escuderos, al tiempo de entrar en la escena.)

Ya sabéis mi intención... Pero ¡Matilde!

¿Cómo en este lugar?

MATILDE.

¿Por qué, atrevido,

con bélico aparato y armas fieras

profanáis este lúgubre recinto

y alteráis mi quietud cuando a los cielos

mis plegarias y súplicas dirijo?

LUSIÑÁN.

En vuestra busca vengo. El gran Ricardo,

yo y el prelado de la excelsa Tiro

a un tiempo vuestra ausencia del palacio

con justo sobresalto conocimos.

La extraña hora de crueles dudas

nuestros pechos llenó. Despavoridos,

a buscaros atónitos marchamos,

y yo, en alas de amor, las pasos míos

dirijo a este lugar, donde os encuentro

de mis fieras sospechas combatido.

¡Ah Matilde, Matilde! En vuestra frente

tal turbación y confusión distingo,

que me llenan de horror...

MATILDE.

Bien... Al momento

volved, ¡oh Lusiñán!, pues ya habéis visto

el lugar donde estoy... El sobresalto

a Ricardo quietad y al arzobispo,

y sepa que tranquila aquí me encuentro,

donde no me amenaza algún peligro.

LUSIÑÁN.

¿Dejaros yo, Matilde?... No; alejaos

de este sepulcro lóbrego y sombrío

a vuestro alcázar, a los dulces brazos

de vuestro hermano retornad conmigo.

MATILDE.

En vano lo exigís... Marchad os ruego;

os seguiré bien pronto.

LUSIÑÁN.

Ora es preciso.

Vamos, vamos al punto, que a mi mente

llena de horror un bárbaro prestigio,

y... venid, sí; venid.

(En ademán de asirla.)

MATILDE.

Y ¿cómo, osado?...

LUSIÑÁN.

No vale el resistir. Es deber mío

arrancaros al punto de este suelo

pavoroso y terrible. El fuego vivo

en que por vos mi corazón se abrasa,

doquier encuentra horrendos precipicios.

Recordad que mañana el himeneo

en lazo indisoluble debe unirnos.

Y hasta que llegue tan feliz momento

no perderos de vista sólo exijo.

Seguidme.

MALEK-ADHEL.

(Saliendo con desnudo de detrás del sepulcro.)

No será.

MATILDE.

¡Desventurado!

LUSIÑÁN.

¿Tú aquí?... ¡Oh furor!

MATILDE.

¡Ay Dios benigno!

MALEK-ADHEL.

Qué, ¿te turbas? ¿Qué esperas? Vibra al punto

el vengador acero. El brazo mío

a Matilde defiende, y el quererla

sacar de este lugar es un delirio.

¿Qué aguardas, Lusiñán? ¿Qué? Si conoces

la ley del caballero, si eres digno

del cetro de Sión y de la mano

de esta ilustre beldad, aquí, ahora mismo,

lo puedes demostrar. Llegó el momento,

Yo soy Malek-Adhel, yo tu enemigo

más implacable, más feroz, que anhela

beber tu sangre vil. Vamos.

LUSIÑÁN.

Impío.

Escuderos, mirad cómo profanan

sus sacrílegas plantas este sitio,

do la virtud reposa. Seduciendo

aleve estaba el corazón sencillo

de esta incauta princesa... ¡Horrible insulto!

¡Muera, muera!

MATILDE.

Tened, viles ministros

de su furor.

MALEK-ADHEL.

Cobarde, ¿tú no bastas?

LUSIÑÁN.

(Desnuda la espada y se arroja sobre Malek, mientras los escuderos le rodean, le sujetan y le atraviesan sus dagas.)

Venguemos los ultrajes de Dios mismo.

¡Muera el infiel!, y con su sangre impura

al Cielo hagamos grato sacrificio.

MALEK-ADHEL.

(Cayendo herido.)

Traidores... ¡Ay de mí!

MATILDE.

(Corriendo a sostener a Adhel.)

¡Bárbaros!

MALEK-ADHEL.

¡Cielos!

LUSIÑÁN.

Húndete para siempre en el abismo.

MATILDE.

¡Oh verdugos!... ¡Qué horror! ¡Monstruo inhumano!

¡Amado Adhel! ¡Adhel!... ¡Dios compasivo!

¡Tiembra, tiembra, perverso!... De esa tumba

álzate, sombra, y venga de tu amigo

el vil asesinato.

MALEK-ADHEL.

¡Oh Dios!... Matilde,

huye de ese cobarde, de ese inicuo;

maldícele conmigo, y sosegado

bajo a las sombras del sepulcro frío.

(Expira.)

MATILDE.

¡Ya expiró!... ¡Eterno Dios, dadle venganza!

ESCENA ÚLTIMA

MALEK-ADHEL (muerto), MATILDE, LUSIÑÁN, sus dos ESCUDEROS,
RICARDO, GUILLELMO, HUGO, PRÍNCIPES CRUZADOS, DAMAS de Matilde,
GUARDIAS y PAJES con luces

(Lusiñán con sus escuderos, queda a un lado de la escena en la mayor confusión)

GUILLELMO.

Aquí están, aquí están. Mas, ¡Dios!, ¿qué miro?

RICARDO.

Lusiñán, ¿y Matilde?

HUGO.

¡Cielo santo!

MATILDE.

Ved a Malek, miradle. Sí; ese inicuo

y sus viles satélites horrendos

el negro asesinato han cometido.

PRÍNCIPES CRUZADOS.

¿Qué dice?

RICARDO.

¡Lusiñán!

MATILDE.

Él es el monstruo,

el aleve, el traidor, el asesino.

GUILLELMO.

¡Eterno Dios! En su sombría frente

la turbación de la maldad diviso.

Ved su temblor... No hay duda. En su semblante

está patente el bárbaro delito.

¿Y aun osará aspirar al santo cetro

su mano ensangrentada? ¡Me horrorizo!

RICARDO.

¡Oh terrible atentado!... Me avergüenzo

de haberos abrazado como amigo.

Yo os abandono, sí; yo os abandono,

huyo de vos, ¡oh monstruo envilecido!,

con mis valientes, que su honor mancharan

en auxiliar a un pérfido asesino.

Vamos, Matilde, al punto.

MATILDE.

No abandono

los restos de Malek. Ya tengo asilo

de Carmelo en la cumbre peñascosa,

del claustro silencioso en el retiro.

GUILLELMO.

Inescrutables son vuestros decretos,

¡oh justo Dios! El mísero, el mezquino

mortal, tan sólo debe respetarlos

humilde, resignarse y bendecirlos.

FIN

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo